



Un regalo para Isaac

“Tenían tanta química que les valía un gesto para entenderse”, dice el médico de **Joan**

C. ARRIBAS
Pekín

La americana se llama madison porque se inventó en los años veinte del siglo pasado cuando el Madison Square Garden de Nueva York era aún un velódromo que se abarrotaba todas las noches en la temporada de los seis días y artistas como Ernest Hemingway y Edward Hopper encontraban inspiración entre el humo y el jolgorio festivo que impedían casi ver u oír a los corredores. En el Madison, Hopper pintó un cuadro en el que un ciclista de seis días espera su turno para salir a la pista sentado en un cubículo rodeado de bicicletas, una cama caliente que intercambia con su compañero, que le hace a la vez de dormitorio y de taller de reparación. La soledad, el desarraigo, reflejada en la mirada perdida del ciclista de pista, del rey

era pensando en cómo harían para reconciliarse”, cuenta Pedro Celaya, amigo y médico de Llaneras; “les valía un gesto para entenderse. Además, tácticamente, Gálvez, que era *sprinter*, le abría más posibilidades. No necesitaban imperiosamente coger vueltas para puntuar”.

Llaneras, de 39 años, una vez conseguido su objetivo de retirarse desde la cumbre, el día siguiente de ganar su segundo oro olímpico en puntuación se lo pasó relajado, de turista en Pekín, de compras con su esposa, Eva. No necesitaba más, pero le debía algo a su amigo Isaac, con quien nunca había podido triunfar en los Juegos. Algo que compartir con Débora, la hermana de Gálvez, una ciclista que pasa largas temporadas en Montagut (Girona), en su casa.

“Con los años”, cuenta Celaya, “Joan ha perdido velocidad, pero ha ganado fuerza. Y para compen-



La reina Sofía felicita a Joan Llaneras tras la carrera. / EFE

El instinto como única táctica

ANÁLISIS

Giovanni Lombardi

Esta vez no ha habido táctica. O, mejor dicho, la táctica ha sido decir “hoy nos dejamos llevar por el instinto”. Y ha salido bien. Le dije a Walter [Pérez, compañero de Juan Curuchet] que, cuando creyera que había llegado el momento, se fuera volando. De haber elegido una táctica, que es algo que casi siempre hacemos, no habría sido ésa. La táctica acabó marcándola la carrera y la fuimos modificando vuelta tras vuelta. Había que tener cuidado con los belgas y estar atentos a los australianos para que no se escaparan. Hemos tenido suerte: hay que reconocerlo. En una carrera en la que los primeros consiguen ocho puntos, los segundos siete y los terceros seis, tiene que haber una pizca de suerte. Sabíamos que estábamos entre las diez parejas que luchaban por una medalla, pero de allí a que fuera de oro... A medida que seguía la carrera, les dije a los chicos que ya no podíamos conformarnos con un bronce.

Aparte de la suerte, lo que ha marcado la diferencia, lo que nos ha permitido superar a España, es conseguir coger una vuelta de ventaja nada más empezar. Llaneras y Tauler, en cambio, se han desgastado más para conseguirla.

Han tardado unas treinta vueltas. Eso nos ha dado una gran ventaja: nos ha permitido controlar el grupo desde el principio. Prueba de ello es que hemos batido el récord mundial de velocidad media en una prueba de madison: 56 kilómetros por hora.

Me alegro por Curuchet. Tiene 43 años y disputó sus primeros Juegos en Los Ángeles 1984. De eso hace ya una eternidad. 43 años empiezan a ser muchos, lo serían también para Llaneras (39). Pero en el ciclismo en pista lo que cuenta es la experiencia: hay que saber distribuir las fuerzas a lo largo de una hora, no de uno, dos, tres o cuatro minutos. Y cuantos más años tengas, mejor lo haces. Los británicos eran los favoritos. Tenían a la mejor pareja: Mark Cavendish, que ha ganado cuatro etapas en el Tour, y Bradley Wiggins, que ha ganado cuatro medallas olímpicas en pista (sin contar las de Pekín), pero entre los dos no suman más de cincuenta años. Eso se paga y, de hecho, acabaron los novenos.

Hay otro detalle que nos ha ayudado a ganar el oro: la ausencia de Carles Torrent —sin quitar nada a Tauler, por supuesto—, que se fracturó el fémur hace dos meses y no ha podido participar. Eso ha impedido a España hacerse con el oro.

Giovanni Lombardi es director técnico de la selección argentina de ciclismo. Fue oro en Barcelona 1992 en pista.

del piñón fijo: la ausencia del compañero hace aún más viva su necesidad.

El símbolo de la americana es eso, la manera de dar el relevo un ciclista a otro en el óvalo con un agarrón de manos. Cuando era más joven, Joan Llaneras era un *animal* de los seis días, que ya han desaparecido del mapa social de Nueva York, pero que aún sobreviven en el norte de Europa. De la soledad se libraba mutuamente con Isaac Gálvez, que era como el tío favorito de sus hijos, con quienes se pasaba el día jugando cuando iba de visita.

Con Isaac Gálvez, que murió brutalmente en una caída en los Seis Días de Amberes en noviembre de 2006, el ciclista de Porreres también hacía pareja en los campeonatos. Con él ganó dos Mundiales y fue plata en otros dos. Con él cayó en la final olímpica de Sidney y a él necesitó en Atenas, donde la federación le impuso a Alzamora, con el que no se hablaba y que ahora es jardinero. Ayer llevaba de compañero a Toni Tauler, otro mallorquín, al que eligió tras la caída de Torrent. “Pero con quien de verdad tenía química era con Gálvez. Era como un hermano: cuando discutían

sar ese problema tiene su truco, que es el de usar un desarrollo más grande que el de sus rivales. Así les sorprende con sus zarpazos”. Con la edad, también, Llaneras ha agudizado más aún su hiperdesarrollado sentido táctico. “Luego, es muy frío en la carrera. Sabe que todo lo que se gaste de más al principio se echará de menos al final. Así calcula qué *sprints* le pueden ir bien y, aunque esté tan vigilado, cómo ganar vuelta. Eso, los primeros 25 kilómetros. Después se calienta, pero sigue siendo muy técnico y astuto. Es una calculadora a 180 pulsaciones por minuto, a 50 kilómetros por hora, lo que demuestra que físicamente está muy bien. La cabeza sólo funciona bien si el cuerpo está bien”, añade Celaya, que cuenta que poco después de ganar la plata en madison y cuando aún se pensaba que podrían reclamar por el oro, le llamó Llaneras a su casa en Elorrio (Vizcaya): “Llevaba en la cabeza todos los datos, todos los puntos de las parejas rivales. Lo tenía claro, pero finalmente vieron el vídeo y la federación pasó de reclamar”. Tampoco necesitaba más Llaneras. Ya tenía lo que quería, un regalo de plata para Gálvez.